

Ponemos en conocimiento de todos los señores socios y simpatizantes, que el artículo de referencia «¿Qué fueron los barros saguntinos?», de D. Domingo Fletcher y Valls, que se publicó en nuestro boletín ARSE, n.º 1, (actualmente agotado), lo publicamos de nuevo en este boletín n.º 13, debido a las numerosas peticiones formuladas por nuestros socios, y primordialmente como justificante nota aclaratoria a la obra «Los barros saguntinos», de A. Valcárcel Pío de Saboya (Conde Lumières), la cual publicamos el pasado año en facsímil.

¿QUE FUERON LOS BARROS SAGUNTINOS?

por D. DOMINGO FLETCHER VALLS

Erróneamente ha venido llamándose, hasta hace unos años, «barros saguntinos» a la cerámica que en la actualidad se conoce con el nombre de «terra sigillata».

El error se originó con Ambrosio de Morales, en el siglo XVI, con su libro «Antigüedades de las ciudades de España», al identificar la abundante cerámica de barniz rojo brillante que aparecía en Sagunto, con las citas de Plinio y Marcial. Esta identificación fue aceptada por Lumières, Chabret, Llorente y, en general, por todos los arqueólogos españoles, encontrándose aún hoy día la mención de «barro saguntino» para referirse a la «terra sigillata», en alguna que otra publicación, a pesar de que la realidad de los hechos ha venido a demostrar la inexactitud de esta identificación, desterrando definitivamente en toda obra científica el apelativo de «saguntina» para la cerámica sigillata.

Pero con ello surge el problema de saber a que tipo de cerámica se le dió el nombre de «vasos saguntinos» en tiempo de los romanos, problema en el que, en realidad, la investigación moderna ha parado pocas mientes, dejándolo sin solución. Únicamente en estos últimos años se ha hecho algo en el sentido de identificar las citadas de Plinio y Marcial con restos cerámicos conocidos.

El primero que ha intentado una explicación viable ha sido D. Pío Beltrán: «Sobre un interesante vaso escrito de San Miguel de Liria» (en Trabajos Varios del S.I.P. de la Excma. Diputación de Valencia, n.º 8. Valencia 1942), quien opina que el «barro saguntino» es la cerámica ibérica, tesis que ha tenido sus defensores (A. García Bellido: «Nuevos datos sobre la cronología final de la cerámica ibérica y sobre su expansión extrapeninsular», en Archivo Español de Arqueología, 25, pág. 39. Madrid, 1952) y sus impugnadores (B. Tarracena Aguirre: «Barro saguntino y terra sigillata», en Archivo Español de Arqueología, 56, pág. 123. Madrid, 1943).

Por nuestra parte, queremos hacer, a este respecto, las siguientes observaciones:

La primera vez que encontramos una mención elogiosa de las cerámicas de Sagunto, es en la obra de Plinio. «Historia Natural» (XXXV, 160), obra terminada ha-

cia el 77 después de Cristo, fecha en que no se fabricaba ya la cerámica ibérica de bellas decoraciones, que era la única que podía haberle llamado la atención, ya que la ibérica vulgar, de mísera decoración geométricas de los últimos tiempos de su fabricación, aún en el supuesto de que se hubiera estado gastando al tiempo de escribir su obra Plinio, no era merecedora de especial mención.

Posteriormente, son las referencias que, con carácter peyorativo, hace el poeta español Marcial, en sus «Epigramas», (46 del libro IV; 6 del libro VIII, y 108 del libro XIV), escritos en Roma, entre los años 80 y 94 después de Cristo.

Escribe Marcial a partir del 80 y escribe en Roma, haciendo alusión a unos vasos que los romanos han de conocer de «visu» para que puedan comprender el sentido de los versos del poeta. Por ello, suponemos que éste no pudo referirse a la cerámica ibérica al mencionar los vasos de Sagunto, en primer lugar, porque, como hemos indicado antes, para esas fechas ya no se fabricaba la cerámica ibérica, y en segundo lugar porque los restos de cerámica ibérica aparecidos en Italia, son de data más antigua (de tiempos de Augusto), aparte de que en los niveles de Roma, correspondientes a la época de los epigramas citados, no hay noticias de que se haya encontrado cerámica ibérica.

Todas las anteriores razones nos prueban la imposibilidad de identificar, hoy por hoy, la cerámica ibérica con los «barros saguntinos».

¿Podría, entonces, pensarse en la existencia de talleres de «terra sigillata» en Sagunto, y que a sus productos se refiriera Marcial?

En contra de esta posibilidad, tenemos que, cuando escribe Marcial, están floreciendo los talleres galos, cuyos productos llegan a los más apartados rincones de España e Italia, no dejando que talleres de otros lugares tuvieran mercado. Los alfares españoles comenzaron su producción a partir de la segunda mitad del siglo I después de Cristo (Abellá, Solsona, Tricio), pero no alcanzaron la difusión de los galos, cuyas marcas de alfarero se encuentran en territorio italiano, mientras que todavía no se han señalado hallazgos de españolas en Roma.

Rechazada esta segunda posibilidad, queda sin explicación qué eran los «barros saguntinos». Nosotros intentamos hace unos años encontrar una solución, identificándolos con la denominada «terra sigillata clara», que hace su aparición en los mercados italianos a fines del siglo I después de Cristo (aproximadamente cuando Marcial escribía sus «Epigramas»), cuyo lugar de origen no está determinado y que llegó a Italia, según todos los indicios, por «vía marítima».

Pero nuestra hipótesis y la definitiva identificación de los «barros saguntinos», quedan supeditados al afortunado descubrimiento, en tierras de Sagunto, de algún horno de «terra sigillata» de la época de Marcial; al hallazgo de estampillas con marcas de fabricantes que nos den el nombre, no de los talleres sudgálicos, sino de los locales; y al estudio de conjunto de las marcas hasta ahora conocidas, procedentes no sólo de Sagunto, sino también de toda la región, y, mejor aún, de toda España.

Así, pues, no sólo una feliz circunstancia, sino también el trabajo perseverante, nos han de dar la solución del hasta ahora insoluble problema de la identificación de los «barros saguntinos», siendo imprescindible la colaboración de todos los entusiastas saguntinos, recogiendo cuantos fragmentos de cerámica de barniz rojo brillante con decoraciones en relieve (la «terra sigillata» de los arqueólogos), puedan encontrar por los campos o montes de la comarca saguntina, haciéndolos llevar al Museo o al Centro Arqueológico, con indicación de lugar del hallazgo, para que puedan servir de base a un estudio de conjunto.

Sólo así será posible que en fecha no lejana dejen de ser un misterio los «barros saguntinos» y podamos saber a qué cerámica se refirieron Plinio y Marcial en sus escritos, cuya fama alcanzó todavía el siglo XVI, en que uno de los hombres más sabios de su tiempo, el matemático, médico, filólogo y poeta italiano Bernardino Baldi, escribió:

Lodar di Samo e di Sagunto l'opera
Degli antichi scrittore le illustri penne.

